

Congreso Internacional

International Conference

“¿LAS VÍCTIMAS COMO PRECIO NECESARIO?”

Memoria, justicia y reconciliación

“VICTIMS AS A NECESSARY PRICE?”

Memory, Justice and Reconciliation

Organización:

Proyecto de Investigación

«Filosofía después del Holocausto:

Vigencia de sus lógicas perversas»

INSTITUTO DE FILOSOFÍA

Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC

Organization:

Research Project

“Philosophy after the Holocaust:

Validity of its perverse logics”

INSTITUTE OF PHILOSOPHY

Center for Human and Social Sciences-CSIC



29-31 octubre 2013

29 to 31 October, 2013

Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC - Center for Human and Social Sciences-CSIC

Sala Menéndez Pidal

Albsanz, 26-28 - MADRID

Josep Pradas

La memoria de las víctimas

**Dificultades en la historia testimonial de las víctimas de la
Revolución francesa**



La historia como investigación del pasado humano tiene su punto de partida en las personas que se preocuparon por guardar una relación escrita de acontecimientos, usos, intercambios comerciales o materiales, etc. De toda esa documentación resalta aquella que tiene un carácter puramente testimonial y personal, porque sirve para establecer un vínculo directo entre los acontecimientos colectivos y las personas particulares, especialmente cuando se trata de eventos de gran calado histórico, como la Revolución francesa. El género testimonial tuvo, por ello, un papel muy importante en la génesis de la historiografía de la Revolución francesa, y así se refleja en la vigencia de los modelos narrativo, autobiográfico y biográfico hasta finales del siglo XIX, cuando fue desplazado por una historiografía interpretativa más centrada en movimientos colectivos y relaciones económicas, lo que ha llamado *modelo jacobino-marxista*, desarrollado a partir de las obras de Alphonse Aulard y Jean Jaurès¹. Más tarde, en la segunda mitad del siglo XX, el género biográfico experimentó una recuperación a través de figuras de cierta importancia académica, como Furet. El mismo Vovelle celebró el auge de este género por sus posibilidades de desarrollo, al margen de sus inconvenientes metodológicos: una excesiva humanización del pasado y exceso de cercanía a lo concreto, subjetivo y hasta pasional; simplificación de los procesos históricos a causa de los personalismos, e incluso simplificación de unos personajes a costa de la amplificación de otros. La historia no es la narración de una lucha entre caracteres antagónicos, sino algo más complejo, que ha de dar cuenta de relaciones más amplias, de orden colectivo, político, social, económico, etc.²

Por ello, una excesiva dependencia del género testimonial condicionó enormemente las primeras historizaciones de la Revolución francesa, sobre todo en las primeras décadas que siguieron a la Revolución, porque sólo las personas formadas desarrollan la disposición a la escritura, y en aquella época sólo las clases medias y altas recibían la educación necesaria. Esos testimonios, diarios y memorias, textos relativamente informales, serán fuente de información de primera mano, sin duda, pero condicionada ideológicamente, amén de marcada por el impacto emocional de los acontecimientos vividos por sus autores. Reúnen, pues, todos los inconvenientes antes señalados.

Por esta razón, la historiografía interpretativa tiende a prescindir de la documentación testimonial y a conceder mayor peso a los procesos económicos, políticos y sociales. Sin embargo, una historia de las víctimas de la Revolución francesa no podría prescindir de esos tes-

¹ Vovelle, Michel, “Sobre la historiografía de la Revolución francesa”, en Vovelle y otros, *Perspectives entorn de la Revolució francesa*. Barcelona, L’Avenç, 1988, págs. 14-16.

² Fuentes, J. F., “La larga marcha de Condorcet. Una alternativa centrista al Bicentenario de la Revolución francesa”. *El País*, 11 de diciembre de 1988.

timonios, porque ha de tratar de recuperar las vivencias personales, en su propio primer plano subjetivo, como ingrediente principal de la reconstrucción de la historia, a través de la memoria personal, para hacer realidad la centralidad de las víctimas mediante una revisión de los procesos revolucionarios y sus consecuencias. Se trata, en definitiva, de desplazar del centro del discurso histórico a los acontecimientos que dan relieve a la violencia de los vencedores para dar mayor protagonismo a las vidas de las víctimas de cualquier bando.

La dificultad persiste, pues, en torno al carácter ideológicamente sesgado de los documentos conservados, que por sí solos proporcionan una versión de los acontecimientos revolucionarios muy escorada hacia posiciones moderadas e incluso contrarrevolucionarias. Faltan, de forma irresoluble, los testimonios personales del pueblo llano, que no sabía escribir pero tuvo su propio papel en la historia del proceso revolucionario, ya sea como protagonista o como víctima. Por este motivo, en una historia testimonial de las víctimas de la Revolución no se puede prescindir de la historiografía interpretativa, porque esa ausencia de testimonios ha de compensarse con elementos interpretativos a partir de los relatos de terceros y de la historia económica y social.

Sin duda, una historia testimonial a partir de las clases populares de la época revolucionaria daría un tono muy diferente al relato, porque los testimonios populares directos permitirían apreciar la violencia estructural del sistema económico, y sería también una historia de las víctimas de esa violencia. Pero las dificultades para encontrar testimonios personales no permitirían al proyecto alcanzar el nivel ni la amplitud que fácilmente puede lograrse a partir de los abundantes testimonios de la alta burguesía y la nobleza.

Las dificultades de una historia testimonial de las víctimas de la Revolución estriban precisamente en que las víctimas populares no estarían representadas, por carecer de voz propia. Los documentos testimoniales, diarios, correspondencia, memorias, etc., de origen popular son ciertamente escasos, por lo que el relato histórico de las víctimas populares de la Revolución sólo podrá ser una *historia escrita por los otros*, por los que sí saben escribir, que pertenecen a otra clase social y disponen de otras sensibilidades. Así pues, sólo la historiografía socioeconómica puede poner sobre la mesa la condición de las víctimas de origen popular sin contar con los testimonios directos de sus protagonistas. En realidad, para compensar el peso de los testimonios de víctimas de las clases sociales más altas, cualquier intento de llevar a cabo una historia testimonial de todas las víctimas de la Revolución francesa debe realizarse a partir de una determinada sensibilidad social capaz de contrarrestar la ausencia de testimonios populares.

Los estudios biográficos de Stefan Zweig, por ejemplo, van en esta línea: sus textos no pretenden romper con la concepción tradicional, sino que encajan en ella rellenando lagunas explicativas que en una historia estrictamente socioeconómica quedarían relegadas por irrelevantes, por ejemplo en su biografía de María Antonieta³. Zweig pone los elementos biográficos particulares en relación con las circunstancias sociales y económicas, enlazando así la forma inicial de la historiografía de la Revolución (narrativa, biográfica) con el modelo imperante en su época, los años 20-30, es decir, el propuesto por Jaurès con su *Histoire socialiste de la Révolution française*, que data de 1900.⁴

En manos de Zweig, sin duda, los géneros narrativo, biográfico, autobiográfico, memorístico, diarista, epistolar, etc., sirven grandemente al desarrollo de una historia de la memoria de las víctimas, sin por ello desplazar a la historiografía más interpretativa y social. El empeño de Zweig es que la historiografía asuma siempre la existencia individual como elemento significativo de su discurso, pero sin dejar de considerar el contexto. La ignorancia, a menudo rayana en desdén, de María Antonieta hacia la existencia de una creciente clase popular urbana, es coherente con la idea antes señalada: que la memoria de las víctimas de un proceso de violencia como la Revolución francesa tiene inevitablemente un cierto sesgo socioeconómico porque no hay fuentes testimoniales originadas en las clases más populares, que carecen de personalidad histórica propia; abundan en cambio entre las clases medias cultas, y más aún entre la nobleza, y eso les da protagonismo. Sólo se es sujeto de la historia cuando lo dice un papel, y si no se puede decir en primera persona, por no disponer de la escritura como medio de expresión por falta de educación, entonces hay que esperar a que otros lo hagan en su nombre, es decir, que sólo una historia narrada en tercera persona reconocerá el papel que les corresponde a las clases populares, en contraposición a los procesos emprendidos por las clases superiores.

Formas de violencia

Además del rango socioeconómico de las víctimas, el carácter específico de la violencia padecida por ellas también incide en el proceso de formación de la víctima como figura histórica. En una revolución convergen diversas formas de violencia, incluso pueden solaparse en un mismo episodio, determinando decisivamente el tratamiento que recibirán sus víctimas.

Por razones obvias no podemos dedicar mucho espacio al análisis pormenorizado de la violencia que el sistema económico ejerce sobre las personas, bajo diversas formas (trabajo

³ Stefan Zweig, *Marie-Antoinette*. Paris, Grasset, 2010.

⁴ Vovelle, *op. cit.*, págs. 14-15.

infantil, jornadas laborales de más de 12 horas, exclusión social y educativa, ausencia de perspectivas de mejora, explotación, miseria, hambre). Pero debemos contar con las víctimas que esta violencia genera, mediante procedimientos silenciosos y discretos, a menudo justificados y aceptados en el mismo entorno social en que se desarrollan. Por eso dice Merleau-Ponty que “no le reprochamos al liberalismo que sea violencia, le reprochamos que no se aperciba de ellos, que enmascare el pacto sobre el cual se basa y que desacredite por bárbara la otra libertad”, la revolucionaria.⁵

No podemos ignorar el hecho de que la violencia implícita en esas condiciones de vida y trabajo pasadas (y también presentes) es causa subyacente de otras formas de violencia más explícitas, que se dan en los procesos revolucionarios y en las protestas sociales de menor calibre: la violencia espontánea y la planificada. Las víctimas del sistema económico acaban expresando su rabia y desesperación bajo la forma de una violencia impulsiva, espontánea y poco organizada, hasta que otros, más preparados, pueden instrumentalizar esas fuerzas desatadas y dirigirlas en provecho de sus objetivos, sean revolucionarios o no. Y eso se pone de manifiesto especialmente en la Revolución francesa.

A partir de aquí podemos hablar de la distinción entre violencia espontánea (popular) y violencia planificada (política), y de su incidencia particular en el desarrollo de la figura histórica de la víctima. Por un lado, la violencia espontánea, en tanto que carente de organización, puede generar víctimas tanto entre las clases sociales superiores como entre iguales e inferiores, según las circunstancias en que se desate. A menudo responde a intentos de liberarse de un poder opresivo, y la actuación violenta se produce bajo la dinámica de los movimientos de masas, por un impulso que puede haber sido inducido por terceros, pero sin un plan de acción subyacente en los protagonistas⁶. El análisis sartriano de la violencia popular durante la Revolución francesa, por ejemplo, coincide con este planteamiento y añade la instrumentalización de estas acciones en manos de elementos que sí han desarrollado un plan para aprovechar la fuerza popular en su favor⁷. Las víctimas de estas acciones serán, pues, fruto de sentimientos desatados en las masas que la ejecutan, y sólo de forma subsidiaria resultado de una planificación racional. Son hasta cierto punto víctimas contingentes. No contabilizan en el precio a pagar por los objetivos, al menos por lo que respecta a las masas, porque en realidad en la violencia desatada de esta forma no hay un objetivo claro. Las mujeres asaltantes de

⁵ Merleau-Ponty, Maurice, *Humanismo y Terror*: Buenos Aires, La Pléyade, 1968 (1947), pág. 79, nota 11.

⁶ Sánchez-Cuenca, Ignacio, “¿Son todos los terrorismos iguales?”, en *Claves* 144 (julio-agosto 2004), págs. 22-28.

⁷ Sartre, Jean-Paul, “Cuestiones de método”, en *Crítica de la Razón Dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963 [1960], vol. 1, págs. 15-156.

Versailles en la noche del 5 al 6 de octubre de 1789, en su mayoría pescaderas parisinas mezcladas con revolucionarios camuflados, disfrazados de pescadera, querían obtener pan y esperanza, porque en su ignorancia aún confiaban en una monarquía paternalista que miraba por los súbditos; y el pan les fue dado. Los escasos muertos habidos durante este episodio fueron más bien el resultado de la manipulación sufrida por aquellas mujeres de origen humilde, que en realidad fueron llevadas allá sin saberlo, con fines que desconocían (el traslado de los reyes desde Versailles hasta París para tener al monarca bajo control), y el resultado de esta manipulación tuvo un alcance mucho mayor de lo que podían imaginar aquellas mujeres que vendían pescado en París, pues a fin y al cabo significó el principio del fin de Luis XVI y María Antonieta.⁸

La violencia planificada desde el poder, por otro lado, también puede afectar tanto a víctimas populares como de las clases superiores, pero se distingue de la espontánea en que se origina desde instancias que no van a actuar, sino que se limitan a establecer las condiciones en que esa violencia se desate, mediante el control de efectivos revolucionarios o terroristas para eliminar elementos opositores, el control de la opinión pública y la manipulación directa de las masas (instrumentalización de la violencia espontánea), el control policial, la generalización de un ambiente de terror, y la implantación de mecanismos judiciales sumarísimos y de mecanismos de delación, etc. Y esto vale tanto para cualquiera de los bandos implicados en el proceso revolucionario francés: la violencia terrorista no fue un invento de los exaltados robespierristas, ni de las pescaderas de París. Los jacobinos nunca tuvieron la exclusiva de la violencia planificada, ya que los girondinos fueron los pioneros y es "una de las mentiras más cuidadosamente constituidas por la historiografía liberal" atribuir la violencia a los jacobinos y la moderación a los girondinos.⁹

En esta lógica instrumental, las víctimas son el medio para conseguir un fin, sea de carácter pragmático (conseguir el poder o mantenerlo), sea de carácter idealista (la consecución de los objetivos de la revolución). Es en este último caso donde estalla el conflicto, porque parece necesaria alguna justificación moral para dar cuenta de todas esas víctimas, sean contingentes o necesarias. Como bien señala Merleau-Ponty, "o bien se quiere hacer la revolución, y entonces es preciso pasar por eso [la violencia y el terror], o bien se quiere a cada instante tratar a cada hombre como un fin en sí mismo, y entonces no se hace absolutamente

⁸ Zweig, S., *op. cit.*, págs. 271-289.

⁹ Rodríguez García, J. L., "Luces y sombras del discurso jacobino", en Bello, E. (ed.), *Filosofía y Revolución*. Murcia, Universidad de Murcia, 1991, pág. 91.

nada”¹⁰. Es entonces cuando todas las víctimas de la violencia revolucionaria adquieren un rasgo común: son *personas* que han sido instrumentalizadas.

El relato de las víctimas

La violencia sufrida acaba igualando a todos los perseguidos de la historia, sea cual sea su condición social, pero la posibilidad del acceso a la escritura condicionará decididamente los testimonios conservados, si sólo una minoría privilegiada dispone de la suficiente educación para pensar en la necesidad de plasmar sobre papel sus vivencias, para sentir la necesidad personal de llevar un diario o conceder importancia a la redacción y transmisión de unas memorias, experiencias y reflexiones. Hay excepciones, no obstante, pero son escasas.

Tom Paine, por ejemplo, fue capaz de superar las limitaciones de sus orígenes sociales y dejar por escrito su particular conciencia de las necesidades de su propia clase social de forma paradigmática: su relato del asalto a la Bastilla, por ejemplo, que puede considerarse testimonial porque él estaba en París en aquellas fechas y en contacto con los actores de la primera fase de la revolución, como La Fayette. Y dado que su perspectiva es la del hombre del pueblo, Paine da cuenta de las víctimas de la violencia con esa especial sensibilidad que permite incluir en su relato a todos los bandos. Esa especial sensibilidad de Paine se debía, sin duda, al hecho de compartir con las víctimas populares de la violencia política un origen social común. Por nacimiento, Paine estaba muy cerca del proletariado urbano que sufría el hambre y el desempleo en París. Pero por haber adquirido una cierta formación, estaba a la altura de las clases inmediatamente superiores. Por eso se muestra tan comprensivo cuando analiza el asalto popular a la Bastilla, en París. Paine lamenta el destino de los defensores de la Bastilla asesinados durante la acción de las masas asaltantes, pero explica que detrás de esa violencia popular desatada en un episodio de radicalismo hay unos seres humanos abrumados por la opresión, por lo que no puede esperarse de ellos ni *la calma de la filosofía* ni *la inercia de la insensibilidad*¹¹. De esta manera, Paine explica la violencia espontánea desatada a partir de la violencia estructural de un régimen despótico y a la vez violento, simbolizado en la Bastilla, la más miserable de las prisiones reservada a las víctimas de la violencia legal.

Todos los elementos circunstanciales de la biografía de Paine, en cuyos detalles no podemos entrar por razones de espacio, sirven para entender que su radicalismo está sumamente intelectualizado, y lejos de la impulsividad irreflexiva de las masas exaltadas. Paine

¹⁰ Merleau-Ponty, *op. cit.*, pág. 131.

¹¹ Paine, T., *Los derechos del hombre*. Barcelona, Orbis, 1985, Parte I, págs. 38-44.

es un radical con la pluma, y la historia ha demostrado que la pluma puede ser tan peligrosa como la espada. Pero a la vez, su perspectiva intelectual le permite moderar sus impulsos: Paine era republicano y, como miembro de la Convención Nacional, que juzgó a Luis XV en diciembre de 1792, votó por la destitución del monarca y una condena de destierro perpetuo, pero no en favor de su ejecución. Se trata, pues, de una actitud crítica con la violencia planificada desde el poder político. Eso le valió la antipatía de los jacobinos, su expulsión de la Convención Nacional, la retirada de su ciudadanía francesa, la persecución y finalmente la prisión y la amenaza de la guillotina, de la que se libró gracias a la intercesión del delegado americano en París, el futuro presidente americano James Monroe.

Pero el relato de Thomas Paine sobre las víctimas de la revolución es excepcional, en su época no abundan las personas de origen humilde que adquieren la formación necesaria para dar cuenta de los acontecimientos desde un punto de vista más cercano a las necesidades de las clases populares. Tampoco es un relato en primera persona. Será necesario que pasen dos siglos para que la posibilidad de escribir se amplíe a las clases más populares y la inquietud literaria y memorística de los perseguidos alcance los niveles de un texto como el *Diario de Anna Frank*. Por esta misma razón, además, la mayor parte de la literatura testimonial de este período revolucionario tiene un matiz claramente conservador (Mme de Staël, por ejemplo, a través de su numerosa correspondencia y sus memorias, su *Dix Années d'exil* y *Considérations sur la Révolution française*, ambas obras de edición póstuma), también con las debidas excepciones (Mme Roland, autora de una amplísima correspondencia entre 1767 y 1793, así como de unas *Mémoires*; Charlotte Robespierre, hermana del político radical, y autora también de unas *Mémoires*).

En definitiva, no es posible una historia neutra ni siquiera desde ese punto inicial en que sólo hay las vivencias de los testigos, porque todos ellos pasaron por el filtro de sus propios condicionamientos ideológicos los episodios que tuvieron ocasión de conocer directamente, aun sin saber que fueran víctimas instrumentales o meramente contingentes, fruto de una violencia planificada o simplemente fruto de las fuerzas desatadas entre las masas. Sólo un esfuerzo interpretativo llevado a cabo desde la sensibilidad que antes hemos atribuido a Stefan Zweig permitiría un balance equilibrado entre los diferentes testimonios directos e indirectos.

Por otro lado, el hecho de mencionar literatura testimonial firmada por mujeres no es casual. Se trata de documentos excepcionales en un doble sentido, dado que su interpretación de los acontecimientos vividos salva a la vez dos grandes escollos: el de la narración en tercera persona, que supone una reinterpretación colectivizadora de las vivencias personales y una

forma de negación de la memoria personal de las víctimas; y el escollo del género de las protagonistas y autoras de la narración, dado que la mayor parte de la historiografía de todas las épocas está firmada por autores masculinos, lo que supone, en este caso, una negación de la memoria personal de las innumerables víctimas femeninas en éste y en otros procesos revolucionarios.

En este sentido, uno de los documentos testimoniales que más llama la atención es el *Diario* de Grace D. Elliot (1754-1824)¹². Su autora describe con gran detalle todo el proceso revolucionario desde su perspectiva de extranjera tolerada, sospechosa de espionaje, afecta a la causa monárquica y absolutista, a pesar de compartir buenas relaciones con miembros de la aristocracia liberal que ha desencadenado el proceso revolucionario en primera instancia (era íntima amiga del duque de Orleans). No hay duda de que se trata de un punto de vista sesgado, escorado hacia un extremo, tanto como lo podría haber sido el testimonio de una pescadera parisina en el caso de haber podido llevar a buen término un diario personal. En su testimonio queda patente el inconveniente de estar en primera fila y filtrar la información con el corazón.

Lo común entre las víctimas

En el diario de Grace Elliot hay la defensa a ultranza del absolutismo y una completa incompreensión del trasfondo social del *sans-culottisme*. Es resultado lógico del sesgo socioeconómico inevitable antes atribuido al género testimonial de esta época: quien pueda escribir un diario o unas memorias, difícilmente va a asumir la perspectiva de la pescadera parisina, del proletario urbano o del campesino sin hacienda. Grace Elliot resalta la depravada violencia de la plebe pero ignora la violencia legal que la casta superior ejerce sobre los inferiores, el peso económico de los privilegios de unos pocos sobre los muchos que no tienen nada, ni siquiera la educación que permitiría dejar testimonio escrito de su propia condición. Otros testimonios serán capaces de acercarse un poco más a ellos, pero eso hace aún más evidente que la historia de los pobres siempre ha sido interpretada y escrita por *los de otra clase*.

Pero aún podemos reconciliarnos con Grace Elliot, que fue una perseguida política, encarcelada, interrogada, amenazada, casi a un paso la guillotina, como lo fueron Paine, Condorcet y tantos miles de inocentes que apenas habían esbozado una queja por el precio del pan ante un vecino despechado por alguna vieja disputa. En sus memorias hay algunas páginas

¹² Grace Dalrymple Elliot, *Diario de mi vida durante la Revolución francesa*. Madrid, Valdemar, 2001.

que la reconcilian con la historia de los perseguidos por el poder, y en eso su testimonio adquiere un valor especial, porque deja a un lado los hechos más o menos distorsionados por la perspectiva ideológica para describir momentos de especial sentido trágico: las despedidas de los que van a morir, la colaboración entre los que están encarcelados sean de la condición que sean y el sentimiento humanitario de algunos carceleros. Poco más, pero quizás suficiente.

Son estos los elementos comunes en la memoria de los perseguidos que ponen de manifiesto su propia dignidad y un margen de inocencia, con independencia de la clase social a la que pertenezcan. Hay grandes diferencias entre Grace Elliot y la mayoría de los ciudadanos juzgados por el Comité de Salud Pública, pero en tanto que víctimas de aquella violencia planificada adquieren todos ellos el mismo estatus de víctimas de un sistema de violencia mecánica y deshumanizadora, un sistema de acciones premeditadas en las que predomina la humillación y el ensañamiento, que equipara tanto a revolucionarios como a contrarrevolucionarios, unidos en la ausencia más o menos deliberada de sentimientos morales y humanidad.

Bibliografía

- ELLIOT, G. D., *Diario de mi vida durante la Revolución francesa*. Madrid, Valdemar, 2001.
- FUENTES, J. F., La larga marcha de Condorcet. Una alternativa centrista al Bicentenario de la Revolución francesa. *El País*, 11 de diciembre de 1988.
- MERLEAU-PONTY, M., *Humanismo y Terror*: Buenos Aires, La Pléyade, 1968 (1947).
- PAINE, Thomas, *Los derechos del hombre*. Barcelona, Orbis, 1985.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, J. L., “Luces y sombras del discurso jacobino”, en Bello, E. (ed.), *Filosofía y Revolución*. Murcia, Universidad de Murcia, 1991.
- SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio, “¿Son todos los terrorismos iguales?”, en *Claves* 144 (julio-agosto 2004).
- SARTRE, J.-P., “Cuestiones de método”, en *Crítica de la Razón Dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963.
- VOVELLE, Michel, “Sobre la historiografía de la Revolución francesa”, en Vovelle y otros, *Perspectives entorn de la Revolució francesa*. Barcelona, L'Avenç, 1988.
- ZWEIG, S., *Marie-Antoinette*. Paris, Grasset, 2010.